

Globethics Repository



Las religiones, tras el 11 de septiembre [Religions after September 11]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Tamayo, Juan José
Publisher	DEI (Departamento Ecuménico de Investigaciones)
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-13 07:12:46
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/189933

LAS RELIGIONES, TRAS EL 11 DE SEPTIEMBRE

*Juan José TamayoAcosta**

Los atentados terroristas del 11 de septiembre obligan a reflexionar de nuevo sobre las religiones en el siglo XXI y a replantear su papel en el mundo actual.

No pocos sociólogos de la religión del siglo pasado anunciaron que las religiones no lograrían sobrevivir al siglo XX y se convertirían en un fenómeno puramente residual sin relevancia social alguna. Sólo pervivirían en la esfera individual de las personas religiosas y en los actos de culto. Era la "religión invisible". En la medida en que ganaba terreno la modernidad, lo perdían las religiones. É. Pouiat resumía esta mentalidad así:

Has vencido, Galileo... Has vencido, modernidad, y esto te confiere legitimidad histórica. Nos dominas. Nos tienes en un puño. Nos arrastras quién sabe adonde, y a eso se debe el que, ineludiblemente, se nos pregunte tanto sobre ti, cada vez más por todas partes.

Los pronósticos, empero, no parecen haberse cumplido. La crítica moderna de la religión y de sus instituciones no ha desembocado, como se esperaba, en el final de la religión. Durante la segunda mitad de la década de los setenta del siglo pasado se produce un fenómeno conocido como "sorpresa de lo divino" o, según el título del libro de Gilíes Kepel, "la revancha de Dios". De entonces para acá, las religiones han resurgido como fuerza social, han cobrado relevancia política, han recuperado el espacio público perdido en las décadas anteriores, y se han convertido en elemento fundamental de identidad cultural y nacional, sobre todo en algunos países donde el factor religioso fue severamente reprimido o simplemente neutralizado. Las tres religiones monoteístas procedentes del tronco común de Abrahán, judaísmo, cristianismo e islam, ofrecen significativos ejemplos de ello.

Frente a la tendencia modernizadora del catolicismo abierta por el concilio Vaticano II (1962-65), el papa Juan Pablo II puso en marcha un programa de recristianización o "segunda evangelización" de

Europa, que empezó en su tierra natal, Polonia, y, a lo largo de casi un cuarto de siglo de pontificado, se ha extendido por toda la cristiandad. El fundamentalismo se ha difundido en los Estados Unidos a través de los movimientos evangelistas y pentecostales. Los primeros tuvieron un papel decisivo en el triunfo de Ronald Reagan en las elecciones de 1980 y 1984 y marcaron la línea conservadora de su gobierno, tanto en el plano político como en el religioso. Los pentecostales ejercen hoy una gran influencia en amplios sectores populares.

Desde el triunfo de la revolución de Jomeini en Irán, en 1979, se ha producido en el mundo musulmán un imparable proceso de reislamización de la sociedad y los Estados, de la ética y la política, de las leyes y la Justicia. En la década de los setenta se activó en el mundo judío un amplio movimiento de rejudaización tanto en Israel como en la diáspora, frente a la concepción laica y socializante de importantes sectores sionistas.

Asistimos a la proliferación de los llamados *nuevos movimientos religiosos*, cuya expansión y vitalidad, según los sociólogos D. Anthony, Th. Robbins y P. Schawartz,

...es fruto de la convicción, difundida en algunas sociedades occidentales, de que el racionalismo científico no es capaz de orientar la vida social contemporánea.

La mayoría de ellos da prioridad a la experiencia directa sobre el razonamiento abstracto, al fervor emocional sobre el pensamiento racional, a la intuición sobre las certezas empíricas, a la vivencia espontánea de la fe sobre las prácticas religiosas institucionalizadas, a la concepción holística, unitaria, de la realidad sobre los dualismos. En muchos de ellos se aprecia una cierta tonalidad gnóstica.

El retomo de la religión se traduce con frecuencia en manifestaciones irracionales e intolerantes: dogmatismo e integristismo, fundamentalismo y fanatismo, rigorismo moral y disciplinar, discriminaciones de género, limpiezas étnicoreligiosas, práctica del terrorismo en nombre de

*Profesor de la Universidad Carlos III de Madrid.

DÍOS, procesos inquisitoriales contra los creyentes heterodoxos, anatemas contra los infieles, renuncia a la interpretación en la lectura de los "textos sagrados", etc.

Hay también manifestaciones liberadoras y dialogantes. Dentro de las religiones se están produciendo importantes esfuerzos de renovación orientados a una mayor autenticidad en la forma de vida y de reformulación de las creencias conforme a los cambios culturales. No faltan intentos de apertura a otras religiones. Durante los últimos treinta años han surgido numerosos movimientos religiosos comprometidos en la defensa de los derechos humanos y en la transformación de las estructuras sociales y económicas injustas. En casi todas las religiones renace la experiencia mística. Se aprecia asimismo un cambio en el ámbito doctrinal. Actualmente se está elaborando una teología ecuménica de las religiones bajo el doble signo de la inculturación y de la liberación.

Tras los sucesos del 11 de septiembre, creo que es necesario tomar conciencia del gran potencial numérico, de la fuerza aglutinadora y de la capacidad movilizadora de las religiones. Los datos son tozudos al respecto. Más de tres cuartas partes de la población mundial están adscritas a algún movimiento religioso: cerca de 800 millones, al hinduismo; 1.200 millones, al islam; cerca de 2000 millones, al cristianismo; en torno a 350 millones, al budismo; algo más de 200 millones son seguidores de otras regiones asiáticas; más de 200 millones practican las religiones tradicionales; 18 millones se identifican con el judaísmo. En torno a una cuarta parte de los Estados del mundo mantiene vínculos formales con una religión. Las religiones trascienden las propias creencias, contribuyen a la conformación de las culturas e influyen en los comportamientos personales y en las decisiones colectivas de los pueblos.

Esto es algo que se ha minusvalorado, a mi juicio con cierta ligereza intelectual incluso se ha despreciado, a mi juicio con cierta irresponsabilidad, y no se ha tenido en cuenta debidamente en la política internacional. Este potencial no puede desconocerse. ¿Qué hacer, entonces?

No se puede seguir repitiendo la crítica moderna de la religión —económica, política, psicológica, filosófica, etc.— en los mismos términos en que se

formuló en los siglos pasados. Debe revisarse y ser reformulada en el contexto de los nuevos fenómenos culturales y ante las nuevas manifestaciones religiosas. Tampoco parece justo calificar a las religiones en bloque y sin matizaciones como obstáculos para el progreso y considerarlas producto del miedo y de la ignorancia. Menos aún combatirlas frontalmente desde un laicismo militante anti-religioso, que resulta tan rancio como algunas de las manifestaciones que se pretenden combatir. Pero tampoco se puede caer en una nueva apologética de las religiones como hacen determinadas tendencias "confesionales" de la filosofía y las ciencias de la religión, sobre todo dentro del cristianismo.

No se trata, por tanto, de luchar contra las religiones, pero sí de mantener una permanente actitud autocrítica y crítica: autocrítica, para desenmascarar sus perversiones, que tanto las desacreditan; crítica, desde la propia sociedad, para defender la laicidad y evitar el peligro de neoconfesionalismo que acecha por doquier.

Las religiones tienen delante importantes tareas a las que no pueden renunciar. Contamos con dos precedentes significativos que pueden ayudar a reubicar su papel hoy.

El primero se remonta a 1893, año en que se celebró la Exposición Colombina de Chicago para conmemorar el IV Centenario de la llegada de Colón a América. En ese marco se celebró el *1 Parlamento de las Religiones del Mundo*, el cual congregó a cerca de cincuenta religiones. El Comité estuvo formado por un rabino reformista, un unitarista, catorce pastores protestantes y el arzobispo católico de la arquidiócesis de Chicago. En el saludo dirigido a los participantes, el impulsor del Parlamento, Charles Carroll Bonney, anunciaba el nacimiento de una nueva fraternidad en el mundo del progreso humano: "la fraternidad entre las religiones". Eso sucedía en medio de la Modernidad, que había recluido a la religión en la esfera privada. El presidente del Parlamento, John Henry Barrows, adoptó un tono ecuménico y se refirió al sabio Buda, al Sócrates buscador de la verdad, a Pablo de Tarso predicador de Jesús "a la sombra del Partenón" y a los apóstoles de la tolerancia Jeremy Taylor, John Milton, Abraham Lincoln, sin olvidarse de Lessing, quien un siglo antes había escrito *Natán el sabio*, la obra que en

plena Ilustración abría el camino del diálogo interreligioso desde la tolerancia y el respeto al pluralismo.

Las cuarenta y cinco religiones presentes concurrían en igualdad de condiciones. Ninguna se presentaba como superior a las demás. Con todo, no llegó a ser un parlamento intercultural, ya que estuvo marcado por el protagonismo anglosajón y por la centralidad del cristianismo. No estuvieron representados los aborígenes, los mormones, los afroamericanos, como tampoco los musulmanes, sikhs y budistas tibetanos. Hubo ausencia de los anglicanos por expresa prohibición de su Iglesia.

En 1993, justo un siglo después, se celebró en la misma ciudad estadounidense el II *Parlamento de las Religiones del Mundo*, al que asistieron 6.500 personas pertenecientes a numerosas religiones: hinduismo, budismo, taoísmo, jainismo, judaísmo, cristianismo, neopaganismo, sikhs, teosofía, Bahai, Brahma Kumaris, organizaciones interreligiosas y otras muchas cuyas firmas no son identificables. Ha sido considerado el mayor encuentro de representantes de las religiones del mundo de toda la historia.

En él se constató la enorme influencia que las religiones siguen ejerciendo en la conducta de gran cantidad de seres humanos y en la marcha de la humanidad. En un clima de diálogo, y dejando a un lado lo que pudiera separarlas en los terrenos moral y doctrinal, las religiones tomaron conciencia de su responsabilidad a nivel planetario y vieron la necesidad de asumir como propios los grandes retos de la humanidad.

He aquí algunas de las tareas que, metidos de lleno como estamos en el siglo XXI, habrán de desarrollar las religiones si no quieren renunciar a su responsabilidad histórica con sus seguidores y con el resto de los seres humanos.

1. Posibilitar el diálogo intercultural, frente a los enemigos de la interculturalidad que se obstinan en la defensa del choque de civilizaciones como método para el logro de la hegemonía de la cultura occidental sobre las demás. Dada su radicación en plurales escenarios culturales, las grandes religiones se encuentran en condiciones favorables para facilitar el diálogo entre culturas.

2. Comprometerse en el trabajo por la paz y la no violencia. Es verdad que las religiones han sido históricamente fuente de violencia. Pero las propuestas de un mundo reconciliado se encuentran en todas las tradiciones religiosas y en la mayoría de sus líderes: Buda, Confucio, Jesús de Nazaret, Gandhi, Luther King. "No matarás" es un imperativo común a la mayoría de las tradiciones religiosas y éticas. La no violencia es un método de acción y un estilo de vida.

3. Crear redes de solidaridad interhumana y trabajar por un orden justo internacional. La proyección internacional de las grandes religiones facilita esa tarea. Ello exige superar los localismos y las endogamias en que con frecuencia se ven envueltas las comunidades religiosas.

4. Practicar la tolerancia y el diálogo. Las religiones han sido y siguen siendo ejemplos de intolerancia. Y, sin embargo, poseen en su interior gérmenes de acogida y respeto hacia otros credos y otras concepciones de la realidad. Hay una pluralidad de manifestaciones de lo divino, de lo sagrado, y todas ellas respetables, siempre que no adopten formas fanáticas, excluyentes, xenófobas. "Sin diálogo — afirma Panikkar — el ser humano se asfixia y las religiones se anquilosan".

5. Eliminar las discriminaciones de género y construir una comunidad mundial de hombres y mujeres bajo el signo de la igualdad, no clónica se entiende. La mayoría de las religiones tiene una ideología androcéntrica, que se traduce miméticamente en una organización patriarcal. No obstante, en muchas de ellas existen tradiciones igualitarias no suficientemente desarrolladas y paradigmáticas experiencias inclusivas de hombres y mujeres, las cuales pueden iluminar el trabajo por la igualdad en nuestras sociedades estructuradas de modo patriarcal.

6. Trabajar por la defensa de la naturaleza y de la vida. La religión del ser humano con la naturaleza y la interdependencia de todos los seres vivos se encuentran en la base de algunas religiones, las cuales pueden contribuir a superar el antropocentrismo tan presente en el paradigma filosófico occidental y en su correspondiente modelo de desarrollo científico-técnico.

7. Las religiones son portadoras de preocupaciones antropológicas irrenunciables, de

preguntas significativas por el sentido y el sin sentido de la vida y de la muerte, de experiencias límite y de propuestas alternativas de vida no mediadas por la razón calculadora. Constituyen, a su vez, lugares privilegiados de apertura a los mundos inexplorados de la trascendencia, la espiritualidad, la experiencia del misterio y la vivencia de lo sagrado, sin que ello suponga caer en sacralizaciones ni implique la aceptación de un credo concreto. Más allá de nuestras creencias o increencias, no podemos renunciar a ese caudal de sabiduría.

8. En torno al 20% de la población mundial se ubica en el espacio plural de la increencia (ateísmo, agnosticismo, indiferencia religiosa, etc.). Las religiones deben respetar a las personas no creyentes y las razones de su increencia, que son tan poderosas como las convicciones de los creyentes. Los derechos de la fe y los de la increencia merecen el mismo respeto. Por ende, cualquier guerra religiosa contra los increyentes o de éstos contra los creyentes me parece un signo de intolerancia. •